

# Los sentidos de la manifestación. Prácticas, relatos e imágenes en torno de la “Masacre del 26 de Junio en Avellaneda”

Jerónimo Pinedo  
(CONICET-UNLP)

## 1. Capturas simbólicas de la ciudad

La movilización de los pobres urbanos en el marco de las organizaciones piqueteras del conurbano bonaerense ha sido materia de un doble enfoque. Una mirada de perfil etnográfico, que profundiza en las tramas asociativas que entretejen organizaciones y vecinos empobrecidos por medio de la obtención y gestión de las políticas sociales; y una mirada sociológica, que se concentra en las condiciones y las formas de construcción de las organizaciones y sus discursos políticos.

En perspectiva sociológica se ha insistido en el aspecto organizacional, tratando de encontrar una explicación a la articulación alcanzada en un contexto de descomposición social, se pone el acento en la base territorial de las movilizaciones y las relaciones entre organizaciones populares y el Estado a partir de lógicas en tensión (Merklen, 2005), la dinámica política, la construcción de marcos de acción colectiva, la re-significación de las políticas sociales (Pereyra y Svampa, 2003) y de la desocupación (Retamozo, 2009), la politización de los espacios barriales (Delamata, 2004). Por su parte, la etnografía se ha interesado por la vida cotidiana en los barrios, sea en la sociabilidad barrial (Ferraudi Curto, 2006), en el rol de los dirigentes en la conformación de un vínculo conflictivo entre los sectores subalternos y el Estado (Manzano, 2007) o en la construcción de universos de obligaciones recíprocas basados en la circulación y distribución de planes sociales (Quirós, 2006)<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> Para una revisión crítica de este campo bibliográfico véase D'Amico y Pinedo (2009).

Sin embargo, menos atención se ha prestado a la construcción pública e interactiva de los eventos de protesta social que involucran a las organizaciones piqueteras de esta área urbana. Situándonos en este hueco nos proponemos avanzar en una exploración preliminar de algunas dimensiones de esa construcción pública en el caso de la denominada “Masacre del 26 de Junio en Avellaneda”. Nos interesa tanto reconstruir un relato de lo que ocurrió en ese entonces como hacer una descripción y análisis de lo que diversos actores involucrados sostuvieron que “debía pensarse” de aquello que ocurrió.

Mi intención es establecer una línea de lectura de algunas acciones colectivas que involucran a organizaciones piqueteras, aunque no sólo a ellas, como “manifestaciones” que tienden a sobrepasar los límites de una acción colectiva de protesta cuyo solo objetivo es la apertura de un espacio de negociación con funcionarios públicos de diverso rango. En este sentido, “manifestación” implica una intervención corporal y discursiva de contenido político (en el sentido amplio del término) en el espacio público recurriendo a los instrumentos de la movilización callejera. En tanto que demostraciones masivas, las manifestaciones urbanas “pueden ser interpretadas como capturas simbólicas de una ciudad para transformarla en escenario provisional sobre el que se dramatiza el poder” (Berger, 1968: 754).

Pero por otra parte, las manifestaciones son fruto de una doble constitución, una manifestación en la calle y una manifestación en el papel (Offerlé, 2005: 35); y podríamos agregar, para los casos contemporáneos, en la pantalla y el monitor. Esta característica nos exige tener en cuenta no sólo los relatos, las prácticas y las imágenes que ponen en circulación los manifestantes tomando la calle como escenario, sino también aquellas que contribuyen a producir los periodistas con sus notas, editoriales, fotografías y envíos informativos, los políticos con sus declaraciones, los dirigentes con sus pronunciamientos, que, a menudo, describen y explican mucho menos de lo que seleccionan y ordenan, orientando la percepción y la apreciación.

## 2. De la “acción bélica” al “teatro popular”

El 26 de junio de 2002, en el marco de una jornada de protesta, efectivos de la policía bonaerense reprimieron a los manifestantes que intentaban bloquear un puente que une por su frontera sur a la provincia de Buenos Aires

con la Capital Federal. Antes de llegar a la base del puente Pueyrredón, una de las columnas se enfrentó con los policías que formaban parte del escuadrón de choque de un operativo policial que reunía a cuatro fuerzas policiales y era coordinado desde la S.I.D.E. y la Secretaría de Seguridad de la Nación (S.S.N). En días anteriores, altos funcionarios del Gobierno no se privaron de recurrir a un lenguaje de guerra para hacer alusión al clima político que se respiraba en la calle. Pronunciaron, públicamente, que todo intento de bloqueo de puentes o calles sin dejar una vía de tránsito alternativa sería considerado una “acción bélica”. A fines de diciembre de 2001 el presidente constitucional Fernando de la Rúa había renunciado en un marco de fuertes protestas populares. Pasados algunos meses, el elenco gobernante que lo reemplazaba temía correr la misma suerte (CELS, 2008: 148).

“Los intentos de aislar totalmente la capital serán considerados un acción bélica.” (J.J. Álvarez, S. S. N., *Clarín*, 19/06/02.)

El día de su protesta, las organizaciones piqueteras se encontraron con que la zona en donde desarrollarían sus acciones directas se encontraba sitiada por patrulleros, camiones hidrantes, helicópteros y brigadas antitumulto pertrechada con gases lacrimógenos y escopetas recortadas. Considerando que el Gobierno mediante la saturación de fuerzas policiales desplegadas buscaba intimidarlos, los activistas decidieron continuar con lo que habían estipulado en su plan de lucha, que consistía en bloquear por tiempo indeterminado varios accesos a la Capital Federal reclamando el pago de planes de empleo, el aumento de los subsidios de 150 a 300 pesos, un plan alimentario bajo gestión de los desocupados, insumos para escuelas y centros de salud, desprocesamiento de los luchadores sociales y fin de la represión. Los líderes de la protesta consideraban que suspender o postergar la movilización y el bloqueo afectaría su capacidad de presión sobre el Gobierno en los meses venideros.

“Ellos dicen que nos van a permitir las marchas pero no los bloqueos. Estamos dispuestos a bloquear los puentes cueste lo que cueste. Hemos marchado compañeros ¿se acuerdan?, y nos volvimos con las manos vacías. Bloqueamos un puente y tampoco conseguimos nada. Si nosotros no podemos bloquear los puentes hoy, cuando queramos salir a luchar mañana no vamos a poder.” (*Dario y Maxi*, 2003: 25.)

“La decisión había sido mantener la tensión todo lo que se pudiera, sabiendo que la demostración de fuerza ante el gobierno no pasaba tanto por la permanencia en el lugar sino por la actitud de desafiar la orden de represión.” (*Darío y Maxi*, 2003: 29.)

Dos columnas de manifestantes recorrían una misma avenida en sentido contrario con la intención de reunirse en un punto intermedio. Una delgada línea de policías armados intentaba cerrarles el paso. Lejos de amedrentarse, los manifestantes avanzaron hacia los policías, enfrentándose a golpes de puños y palos. Los policías, lejos de retirarse, comenzaron a disparar con sus armas, que ajenas a lo que indican las leyes, estaban cargadas con postas de plomo. En pocos minutos se desencadenó una fuerte represión que adoptó la forma de una gran cacería policial televisada y fotografiada por un sinnúmero de reporteros de medios de comunicación masiva y alternativa que ese día acompañaban el desarrollo de la protesta, en un clima político erizado. El resultado de la sangrienta jornada fueron dos jóvenes militantes asesinados por gatillo policial y decenas de contusos y heridos con balas de goma y plomo. A partir de esos hechos, los días 26 de junio se constituyeron en la cita obligada de algunas organizaciones piqueteras para recordar y reclamar juicio y castigo a los culpables. Cada año se organizan numerosas acciones como interrumpir el tránsito sobre el puente a la hora señalada y una serie de actividades culturales. Así, se fueron concentrando en torno de las acciones directas de las propias organizaciones territoriales, distintos colectivos culturales que trabajaban desde diversos lenguajes artísticos símbolos vinculados con la lucha piquetera, donde se hace hincapié en determinados valores contestatarios y militantes frente a la impunidad del poder y se trata de construir, apelando a imágenes y narraciones, un relato del movimiento piquetero como trasfondo desde el cual se recortan las figuras de Darío Santillán y Maximiliano Kosteki.

El 25 de Junio de 2006 es un día especial en la estaciones de trenes de Avellaneda. Hace más de una hora que los pasajeros que intentan subir o bajar en la estación, al llegar al hall central, tienen que abrirse paso trabajosamente entre la muchedumbre que se agolpa. Un grupo nutrido se encuentra en el lugar, algunos dialogan en pequeños grupos, otros miran atónitos una pantalla, otros caminan en círculo y se inclinan cada vez para ver un grabado o elevan la vista para apreciar una foto, dibujan siluetas en el suelo, pintan de colores las paredes, escriben frases, moralejas, dedicatorias, venden revistas, periódicos barriales. Más allá, hacia un rincón del recinto, un grupo de jóvenes mujeres sostienen con los

brazos en cruz unas remeras estampadas, y una a una las exhiben. Las personas que estudian atentamente los dibujos me dan la espalda, de modo que puedo ver la composición gráfica y las frases. La primera, de color naranja, posee estampada una multitud de cabezas humanas una al lado de la otra en color negro, en su parte superior el dibujo es definido y los rostros están claramente individualizados, expresan sus rasgos sociales, su género, su edad, puedo ver que muchos sonríen y otros con gesto de convicción miran de frente. A medida que vamos bajando por sus cuerpos vemos que una de las personas, un hombre en edad madura, sostiene entre sus manos una herramienta mecánica, una mujer lleva una canasta de mimbre, unos jóvenes arrastran a su costado unos neumáticos viejos, otros blanden un palo, al costado una niña arrastra una enorme cacerola. Al llegar a los pies de la multitud el dibujo se esfuma hasta convertirse en una especie de torrente único que se acerca hacia nosotros enarbolando una pancarta que reza: “*trabajo, dignidad y cambio social*”. La siguiente camiseta muestra el rostro de un joven con un pañuelo que cubre su cara dejando únicamente sus ojos al descubierto, “*dignidad piquetera*” dice debajo, el color de la tela es negro y el dibujo y la frase en blanco le dan una apariencia de profundidad y seriedad. La tercera se parece a cierta imagen crítica de la piedad. Una persona yace en el suelo, y otra a su lado de cuclillas estira su brazo y sostiene abierta y elevada toda la palma de su mano, mientras con la otra mano toma el brazo del caído. Quien se encuentra en esa posición lleva envuelto su rostro en una bufanda. Debajo está escrito: “*Darío y Maxi. No están solos*”. La autora de ese dibujo se refiere al papel simbólico de la mano que al parecer intenta contener el avance de alguien fuera del campo visual de la representación, “*intenté que esa mano expresara toda la fuerza de la justicia, de la solidaridad, del amor hacia cualquier ser humano, de la valentía. Ese gesto de Darío me recuerda una frase del Che: ‘sean capaces de sentir, en lo más hondo, cualquier injusticia realizada contra cualquiera, en cualquier parte del mundo’*”<sup>2</sup>.

El dibujo reproduce una foto, quizá la imagen más dramática obtenida por un fotoperiodista el día de la represión. Pero en la foto hay un tercer joven, que en la representación gráfica ha sido excluido, recortándose sobre las siluetas de Darío y Maxi. Por testimonio del fotógrafo y elocuencia de las fotos, sabemos que quien estira su mano es Darío Santillán, quien está caído es Maximiliano Kosteki. Darío intenta parar el avance de un policía fuera del cuadro de la foto, probablemente implorando que detuviera su raid homicida, y al mismo tiempo asiste a su compañero herido, instantes después, al intentar huir, Darío sería asesinado por la espalda.

Entre cuatrocientas y quinientas personas circularon por lo que sus organizadores denominaron “teatro popular”. La mayoría de los participantes tenían entre veinte y treinta años. A partir de la tarde de ese día, grupos nutridos llegaban desde la calle portando pancartas y banderas enrolladas sobre sus hombros, otros bajaban desde los andenes de la estación, habían venido en trenes y colectivos que los trasladaban desde distintas zonas del sur del Gran Buenos Aires y Capital Federal. Por la noche cantaron y bailaron al ritmo de las bandas de rock invitadas, y al finalizar desplegaron sus carpas y bolsas de dormir dispuestos a tomar el espacio

---

2 Revista *Sudestada* N° 85, diciembre de 2009.

y pasar la noche. Después de que los responsables materiales del crimen fueran juzgados y encontrados culpables (CELS, 2008: 149), toda la jornada giraba en torno del reclamo de juicio y castigo a los responsables políticos. El espacio de cultura del Frente Popular Darío Santillán había convocado a diferentes grupos artísticos para participar de una jornada cultural. Concurrieron bandas de música rock, artistas plásticos, grupos de poesía. En las paredes estaban pegados un sinnúmero de dibujos, grabados, serigrafías, pinturas, fotografías, collage en referencia a Darío y Maxi y a la lucha piquetera. Se montó un estudio de televisión que transmitió toda la noche en vivo desde el patio de la estación, mostrando las actividades que se realizaban, los testimonios de compañeros de Darío y proyectando videos de diferentes colectivos culturales que tenían como temática central las luchas populares en América Latina. Una y otra vez se repitieron las imágenes de aquel día: la columna de piqueteros acercándose al escuálido cordón policial, el intento de abrirse paso elevando los palos, los forcejeos, los disparos de la policía, la corrida en desbandada, la cacería policial, los disparos dentro de la estación. Maxi muerto. Darío agonizando. Darío tirado en el suelo. Darío arrastrado por dos policías. Darío con los ojos desvaídos y muriendo. Un policía apoyado con una de sus rodillas sobre el cuerpo de Maxi en el mismo hall de la estación. El gorro de lana blanco y negro tirado en el suelo y una mancha de sangre. Darío en un corte de ruta hablando frente a la cámara sobre su proyecto político y el de sus compañeros. La silueta de un policía apuntando contra Darío, disparando por la espalda.

La actividad central sería el renombramiento de la estación Avellaneda como estación *Darío y Maxi*. El día 26 por la mañana, repitiendo una modalidad que ya había comenzado desde el año 2002, cuando un grupo del MTD de Lanús, organización a la que pertenecía Darío, pintó un gran mural con los rostros de los dos jóvenes en el patio de la estación y luego otro debajo del puente Pueyrredón. Para esto se habían preparado sellos, plantillas y un poco de látex. A las nueve de la mañana, los que se mantuvieron despiertos toda la noche, y aquellos que madrugaron para la ocasión, subieron a los andenes con el propósito de rebautizar la estación, reemplazando cada uno de los carteles que rezan el viejo título por otros que anunciaban a los pasajeros el nuevo nombre: *estación Darío y Maxi*. En menos de media hora los nuevos carteles fueron colocados.

A las once de la mañana ya está preparado el acoplado de un camión en la puerta de la estación, Vanina, la hermana de Maxi, y familiares y compañeros suben a la caja del camión. Empuñando el micrófono el padre de Darío declama en con voz quejumbrosa: "... estamos esperando que juzguen a los responsables políticos".

También el techo de la estación, visto desde la avenida Pavón, fue rediseñado. Finalizadas las palabras de los familiares se descubrió una bandera color naranja con los retratos de quienes eran considerados por los manifestantes como los responsables políticos (Solá-Duhalde-Atanasof-Álvarez) dibujados en negro, y debajo apareció pintado sobre la pared la frase ESTACIÓN DARÍO Y MAXI y al costado un dibujo de un joven piquetero, cuerpo de perfil mirando al horizonte con el rostro tapado con una remera en torno de su cabeza, apoyando su mano izquierda en un inmenso neumático de automóvil<sup>3</sup>. (N/C 25 y 26/06/06.)

<sup>3</sup> Por razones de espacio no podemos reproducir las imágenes. Se pueden ver en [www.prensadefrente.org](http://www.prensadefrente.org)

Poniendo en una serie los sentidos diversos que adquirió la manifestación antes de producirse efectivamente hasta la conmemoración posterior a los acontecimientos represivos, notamos que el proceso de enmarcado (Snow y Benford, 1992: 137) mediante el cual se generan los esquemas interpretativos que permiten localizar, percibir, identificar, clasificar y ligar los acontecimientos históricos y políticos, comienza antes de que éstos efectivamente se produzcan y persiste más allá del acontecimiento puntual. Sea denominada como “acción bélica” por los agentes del Gobierno o “necesaria demostración de fuerza” por parte de los activistas para adelantar las justificaciones del accionar de unos y otros, la manifestación comienza a ser construida simbólicamente por diversos actores en disputa que nos dicen “qué pensar de aquello que va a ocurrir”. Ese proceso persiste más allá del suceso, donde se generan interpretaciones de nos indican “qué pensar de aquello que ocurrió”. En el proceso el formato de la acción se modifica, de las demandas reivindicativas a las acciones de denuncia y conmemoración. Evidentemente, este cambio está mediatizado por la represión estatal que estableció un “corte” entre la protesta centrada en demandas sociales para desplazarlas hacia las demandas de justicia. Pero ese corte es dotado de sentido (y de continuidad) por los manifestantes recurriendo a prácticas, imágenes y relatos que permiten reconstruir el sentido moral de “aquello que nos ocurrió” a partir de “esto que somos”. El paso de la demanda social a la demanda de justicia no sólo pone de relieve la brutal incidencia del Estado en el transcurso material y simbólico de la acción, sino que también despliega prácticamente el doble rol de los movimientos sociales: como intermediarios políticos no partidarios que traen las necesidades y las demandas de las voces no articuladas a la esfera pública y como sistemas de reconocimiento social que expresan identificaciones colectivas (Jelin, 2003: 55).

### 3. Del relato al arquetipo

Pasados algunos meses de la “Masacre de Avellaneda”, los compañeros de militancia de Darío Santillán emprendieron la escritura de un libro publicado bajo el título “DARÍO Y MAXI, DIGNIDAD PIQUETERA. *El gobierno de Duhalde y la planificación de la masacre del 26 de junio en Avellaneda*”. A través de una crónica de estilo periodístico, los autores del libro, que firmaban como MTD

Aníbal Verón, se proponían dos metas. La primera de ellas buscaba mostrar que ese episodio represivo había sido planificado desde las altas esferas del poder y había constituido una verdadera masacre. La segunda, con una proyección más difusa, trataba de establecer una relación entre la conducta de Darío Santillán, un joven de 21 años, y ciertos preceptos éticos que, según postulaban los autores, estaba siendo forjado por el activismo piquetero y encarnado ejemplarmente en la corta pero intensa vida de Darío. De ese modo, la demostración de un crimen político y la exposición de un modelo ético compartían la intencionalidad del texto.

El análisis de una acción colectiva supone acceder a través de un punto de vista particular y luego tratar de conectar este punto con todos aquellos que puedan ser captados en la indagación, siendo conscientes de que no hay un lugar desde donde pueda “verse” la totalidad de una acción colectiva que, en realidad, es un sistema multipolar de orientaciones de la acción. Los acontecimientos del 26 de junio de 2002 son resultado de un proceso complejo, han sido objeto de diversas tematizaciones públicas—confirmando una vez más que todo hecho social es un hecho interpretado—, y tienen la característica de sobrepasar el formato “corte de ruta” con el que suelen estar asociadas frecuentemente las organizaciones piqueteras en el espacio público. Si bien la manifestación se haya originada en relación con aquella modalidad—los manifestantes se proponían bloquear un puente—, el formato limitado al bloqueo de calles y salida negociada o represiva fue sobrepasado porque los activistas a través de diversas inversiones prácticas fueron ubicando el acontecimiento como un “hito” temporal en el calendario de sus actividades militantes. Lo que agrega a las diferentes capas interpretativas la cualidad recursiva del acontecimiento. Son esas diferentes interpretaciones las que se actualizan en diferentes períodos de tiempo en el espacio público y deben concebirse como un proceso donde se construyen y negocian sentidos.

Ese retorno repetido sobre el acontecimiento pone de relieve dos elementos de interés para este trabajo. En primer lugar, encontramos la proliferación de prácticas que al objetivo protestario de la acción colectiva le agregan la función conmemorativa y expresiva. Y en segundo lugar, desde el punto de vista discursivo, no se presentan únicamente enunciados que postulan “demandas”, aunque puedan estar presentes en la forma de “demandas de justicia”, sino que aparecen narraciones y relatos sobre los acontecimientos y sobre el destino de los protagonistas. El libro se transformó así en un fundador y conductor de

un relato que a su vez fue objeto de diversos usos e interpretaciones, entre ellas la disposición posterior de los actos de cada vigilia de junio y la estrategia de los querellantes en la causa judicial que se les siguió a los responsables materiales de los delitos.

Las acciones colectivas en relación con “La Masacre” y las narraciones que las acompañan muestran un prolífico registro de producción de figuras simbólicas de la política popular. En uno de sus registros, este libro es el desarrollo de los elementos probatorios que constituirían a los acontecimientos del 26 de junio en “una masacre”, haciendo hincapié en el carácter planificado y las dimensiones y objetivos del operativo represivo. Pero en otro registro, el libro es un relato, es decir un texto que, mediante la puesta en intriga (Ricoeur, 2001: 17), selecciona y combina acontecimientos para construir una historia que cuenta un cambio de fortuna, una serie de episodios lamentables y horribles, y una acción final que desata ese nudo sellando el destino del héroe (Darío Santillán) por un acontecimiento último que clarifica toda la acción y produce en el agente y en el propio lector la catarsis de la piedad y el reconocimiento del valor superlativo del héroe.

El libro se inscribía en un escenario de confrontación con las figuras principales del elenco de gobierno, sumándose a éste las declaraciones públicas de hombres prominentes del empresariado local<sup>4</sup> y las informaciones vertidas desde los grandes medios de comunicación. El juego de esas declaraciones e informaciones configuraban una imagen del “piquetero violento”. A medida que se había desarrollado la represión algunos medios de comunicación masiva informaban, abonando la hipótesis del enfrentamiento, de una supuesta guerra entre piqueteros que había tenido como saldo destrozos en la vía pública, heridos y muertos “entre ellos”. El periodista Daniel Hadad mostró en su programa televisivo de medianoche, *Última Hora*, las supuestas “armas caseras” utilizadas por los piqueteros para matarse unos a otros. Los reporteros de medios televisivos y gráficos de alcance nacional reproducían la noticia hablando de “un día de furia” o “disturbios en las calles provocados por piqueteros”. Paralelamente, fotoperiodistas de medios de contrainformación se esforzaban en registrar lo que ocurría y en difundir las imágenes que desenmascaraban la versión del “enfrentamiento”, sobre todo a través de

---

4 Por ejemplo el presidente de la Asociación de Bancos Privados de la Argentina, Eduardo Escasany, reclamó “poner orden, acabando con los piquetes”, *Clarín* 24/06/02.

sitios en Internet de información alternativa. Fue en el sitio de información de acceso abierto *Indymedia*<sup>5</sup> donde se dieron a conocer a pocas horas de lo sucedido las fotografías que mostraban que no eran precisamente los piqueteros los autores de los delitos. Esta información llegó a los diarios nacionales y fue difundida dos días después. El día 3 de julio una masiva manifestación de repudio llegó hasta la Plaza de Mayo. Cuando los organizadores de la marcha habían logrado reunir cerca de 30.000 personas, el gobierno de Eduardo Duhalde anunció la convocatoria a las urnas de modo anticipado para el mes de mayo del año siguiente y al mismo tiempo adelantó que él no sería candidato en la contienda electoral.

Entre las acostumbradas explicaciones conspirativas, aparecían toda una serie de elementos retóricos que no hacían centro únicamente en la “criminalidad” de los activistas, sino en una especie de “desviación política”, inscribiendo a los jóvenes piqueteros de rostros tapados en la imagen mítica del tiranuelo furioso. Aún, luego de haber sido demostrado que el “desorden” había sido fruto de la ferocidad policial, en una nota de opinión, Raúl Alfonsín sostenía:

“Encapuchados con garrotes no construirán una sociedad justa. La república democrática no debe permanecer neutral frente a lo que puede ser la utilización de legítimas demandas con el propósito de destruir sus frescos cimientos. Conspirar contra la democracia es aspirar a la tiranía.” [Mientras que en el cuerpo central del texto reconocía el derecho de peticionar ante las autoridades y la defensa de la dignidad, a renglón seguido afirmaba] “es verdad (...) para los millones de compatriotas excluidos, el orden establecido es en realidad el desorden establecido y que, consecuentemente, se vuelcan hacia el rechazo a las normas vigentes (...) los llamados piqueteros son utilizados por extremistas de izquierda que desnaturalizan la protesta, transformándola en violenta.” (*Clarín*, 24/08/05.)

Según Alfonsín la anomia social generaba una masa social con demandas justas, pero disponible para la manipulación de activistas que detestaban el orden democrático y buscaban implantar compulsivamente sus proyectos políticos autocráticos. También señalaba la presencia de jóvenes, “hijos del neoliberalismo”, que seguían un camino peligroso contra las instituciones democráticas.

Contra esa retórica los autores del libro construyeron un relato que puntuaba todos los aspectos relevantes de una preceptiva militante. El trabajo

---

5 [www.argentina.indymedia.org](http://www.argentina.indymedia.org)

barrial, la solidaridad entre compañeros y vecinos, la conciencia política, el compromiso con la lucha social. Hacia el final de la primera parte todos esos principios buscaban sintetizarse escrutando los designios de una decisión conocida por sus exteriorizaciones, pero perdida para siempre en sus motivaciones internas, un punto impreciso, indeterminado, que exigía un desciframiento.

“¿Por qué, entonces, si ya habíamos pasado de largo, él decidió volver? Tal vez por Leo, su hermano, o por Claudia, su novia. Puede ser, sí. Supuso que estaban en peligro y por eso volvió. Pero tal vez no supiera que ellos estaban ahí y, en cambio, volvió por sus compañeros del barrio, porque otro de nosotros, viendo el peligro que se avecinaba, gritó y Darío lo escuchó: “¡Que no entren a la estación, que sigan. Los van a cagar gaseando, los van a llevar a todos en canal!”. Aunque Darío no necesitaba escuchar esa advertencia para darse cuenta del peligro y es posible que haya visto a Maxi herido antes.

En realidad, Darío volvió por todos. Por su hermano y por su novia. Por sus compañeros del barrio y los demás. Por Maxi agonizante. Por todos los que, ante el peligro, no nos decidimos volver. Volvió Darío a la estación por la pura consecuencia con los valores, así de sencillos, cotidianos y revolucionarios, que aprendió y predicó en su militancia.” (*Darío y Maxi*, 2003: 60.)

¿Por qué la pregunta? ¿Por qué las interpretaciones? ¿Por qué Darío había vuelto por todos? ¿Quiénes eran esos “todos”, y por decantación, quiénes eran “nosotros”? Lo que en principio parecía un intento de explicación de comportamientos exteriores evidentes, se convertía en una narración de vasto alcance que debía remitirse a elementos que no estaban en las fotografías. En el retiro desordenado de la columna Darío había aguantado en las primeras filas “como uno más”. Pero habiendo pasado de largo la puerta de la estación Avellaneda, sin embargo, volvió sobre sus pasos e ingresó en el recinto de la estación donde corría peligro. Su conducta no era, según los autores, más que fruto de una decisión, un riesgo asumido para ser consecuente con discursos pronunciados en el pasado. En el límite de la reconstrucción de los hechos, en los huecos dejados por lo inescrutable de determinados actos humanos, comenzaba la recreación de unos preceptos que ponen el énfasis en la ligazón entre palabras pronunciadas y actos consumados. ¿Por qué no volvió por la novia, el hermano o los amigos, sino “por todos”?

Ningún relato ético, que trata de soldarse con un ejemplo épico, puede soslayar el instante último de la decisión, remarcando el estoicismo del héroe, dispuesto a realizar una acción “buena” cualquiera sean sus consecuencias. Más allá de que éstos hayan sido los motivos, que a fin de cuentas

quedarán sin saberse. Sin decisión, sin aceptación consciente del riesgo, no hay posibilidad de hilvanar la historia en términos de acciones consecuentes con valores. Estaban las fotos, que mostraban que Darío al ingresar en la estación había intentado socorrer a Maxi que yacía agonizando, una prueba más de su arrojo. Sin embargo, esas fotos no decían nada si no estaban amarradas en una historia que conectara unas imágenes con otras, a unas palabras pronunciadas en el pasado, con otras que eran escritas en el presente. Enlazadas creaban, postreramente, el sentido de los acontecimientos. A partir de este nudo del relato sobre la vuelta de Darío parece haberse construido una contraimagen del piquetero furioso o violento, es la imagen que compone un Darío entre santo y héroe. Esta figura heroica y presumiblemente predestinada se afirmará progresivamente en un paulatino proceso de simbolización de Santillán como arquetipo del militante.

“La figura de Darío Santillán —escribe Mariano Pacheco— se transforma en una referencia, en un emblema, a partir de su muerte, cuando tenía apenas 21 años. Sin embargo, ya poseía una intensa historia militante.

Fue en el secundario donde descubrió, gracias a algunos profesores, la literatura comprometida. Su actividad política creció desde el pie. Participó en la toma de los colegios en Solano y conformó la lista roja (para presentarse a las elecciones del centro de estudiantes del colegio ‘Piedra-buena’).

A partir de su incorporación a la Agrupación Juvenil 11 de Julio, su entusiasmo fue creciendo: edición de revistas, jornadas de propaganda y agitación, actividades callejeras para conmemorar el 24 de marzo, el 1º de mayo, el 22 de agosto, el 16 de septiembre. El Che Guevara y la generación argentina de revolucionarios del 70 fueron presencias activas en su vida.

Darío se incorporó a la Agrupación en 1998. Recuerdo que un tiempo antes, hubo una oleada de casos de ‘gatillo fácil’ en el Gran Buenos Aires. Decidimos entonces que la consigna central de la 11 de Julio sería ‘Duhalde condena a muerte la utopía juvenil’. La trabajamos durante todo el 96 y 97. Repartimos volantes ‘mariposas’ en recitales y en las puertas de escuelas; y sobre todo, pintamos (con aerosol, pero también con ‘tacho y brocha’) cada rincón de Quilmes.” (Pacheco, 2006.)

Del mismo modo, la figura de Darío Santillán, su relato biográfico y las circunstancias de su asesinato fueron incorporados a la mística de la organización social que continuó la tradición en las organizaciones de izquierda de tomar el nombre de los mártires de la lucha social. El rostro de Darío Santillán atravesó un proceso paulatino y progresivo de transfiguración que lo asemeja a ciertas representaciones del Che Guevara. Así, siendo que los movimientos

piqueteros involucran a personas pobres de diverso sexo y edad, así como activistas de distintas generaciones y origen, la figura del militante piquetero quedó asociada de modo emblemático con la construcción narrativa de la historia de Darío Santillán.

El proceso de selección y combinación de los acontecimientos para construir una historia completa, su puesta en intriga, tendió a desplazar a los protagonistas en dos roles diferentes. Darío es asesinado cuando intenta socorrer a Maxi. Darío se conforma así como “el militante”, que deja probado en su último acto su paulatina toma de conciencia, Maximiliano como “el joven pobre”, resulta la víctima inocente que representa otras tantas víctimas anónimas del Estado neoliberal. Dentro de la historia larga de “La Masacre” que muestra el accionar despiadado del poder del Estado hay otra historia (corta) de la cual la primera se constituye en trasfondo, es aquella que cuenta el cambio de fortuna cuando Darío decide ingresar en la estación para socorrer a Maximiliano y que concluye cuando el asesinato como destino último del héroe clarifica toda la acción y se convierte en la clave de interpretación moral del acontecimiento: “volvió por todos”. Llevando así la solidaridad a su límite, la entrega de la propia vida por el otro.

#### 4. Del festival al acto político

Incluso la aparentemente sencilla acción de tomar el puente cerca del mediodía el 26 de junio no estuvo exenta de tensiones entre los sentidos que los manifestantes otorgaban al momento, signado por las características de un movimiento social constituido por diversas corrientes ideológicas, estilos de liderazgos, diferencias generacionales y experiencias sociopolíticas. Hay quienes consideran que hay que poner el esfuerzo en la vigilia y en la realización de un acto encabezado por los familiares de Darío y Maximiliano en un típico formato de reclamo de justicia y evocación de los mártires, y quienes lo consideran una oportunidad para realizar un acto opositor al Gobierno. Esta segunda opción implica que la voz no solamente la tengan los familiares sino también los dirigentes y referentes de las organizaciones más poderosas. Así, los discursos no se pueden limitar a reclamar juicio y castigo a los responsables políticos de la masacre. Esto supone un claro desplazamiento desde la evocación de Darío y Maxi hacia las consignas partidarias de los dirigentes.

Un acto con palco, lista de oradores, propuestas programáticas, adhesiones, consignas, declamaciones, llamados a la unidad, con bases sociales y militantes de cada una de las organizaciones desplegadas a lo largo del puente, donde la centralidad del relato heroico asociado con Darío Santillán se desdibuja en función de un pliego de demandas y posiciones políticas del momento. Esto también incide en el modo en que deben ser inscripta la historia de Darío y Maxi en el marco de unos discursos públicos que se proponen antagonísticos al Estado neoliberal.

¿Darío Santillán y Maximiliano Kosteki tienen una historia personal que debe ser evocada siguiendo algunas pautas determinadas o deben ser puestos en la larga serie de nombres que releva los muertos por la represión estatal en distintos cortes de ruta, a lo largo y ancho del país desde la década de los noventa? ¿Constituyen una singularidad, o son una muestra más de la respuesta violenta y mecánica del Estado frente a las organizaciones que luchan? Estas preguntas pueden deducirse como parte de las disyuntivas que deben afrontar prácticamente los dirigentes a la hora de pronunciarse públicamente en los actos. Al mismo tiempo, los dirigentes reconocen los diferentes públicos, los jóvenes militantes que participan activamente de la vigilia desde el día anterior, y los habitantes de los barrios que se movilizan para la gran marcha de ascenso al puente el día 26 de junio.

El 26 de junio de 2006 pudo verse este tipo de tensión en el sentido que adopta el festival y el que adopta el acto político. Cerca de la una de la tarde las columnas que sumaban entre 10.000 y 15.000 personas subieron al puente. El Frente Popular Darío Santillán, el Polo Obrero, el MTD Aníbal Verón y la CTD Aníbal Verón, compartían la cabecera de la marcha. Desplegadas a lo ancho, se iban alternando sus líneas de seguridad y detrás de ellas las pancartas y banderas que los identificaban. En el sector en el que se encontraban los miembros del Frente el ascenso al puente parecía vivirse con mucha intensidad, profiriendo cánticos y saltando. La mayoría de ellos habían estado toda la noche pernoctando y haciendo el aguante en la estación. Mientras que el resto avanzaba con el gesto adusto mirando hacia delante y muchos otros curiosos observaban con atención la algarabía de este grupo más reducido.

El ambiente se tensó cuando un grueso cordón de la policía federal impedía que las columnas traspasaran el límite jurisdiccional entre la Capital Federal y la provincia de Buenos Aires. Por unas horas se generó una tirante negociación entre los manifestantes y los oficiales del operativo. Los segundos daban media

vuelta y retrocedían sobre sus pasos una decena de metros, lo que permitía el avance simultáneo de las columnas, para luego volver a detenerse, y volver a reanudarse nuevamente, hasta llegar a los carteles aéreos que señalaban el límite jurisdiccional donde a pocos metros se situó una nutrida formación de policías. Entre las columnas de manifestantes y el cordón de policías se ubicó el camión donde hablarían los oradores: uno designado por cada organización asistente.

Con cierto carácter ritual, se expresa una unidad en la que conviven expresiones diferenciadas sobre los sentidos de la “masacre”, actualizada, además, a la luz de las coyunturas políticas que atraviesan los días 26 de junio de cada año. La ausencia de Barrios Pie, organización piquetera que fue reprimida junto a las otras ese día, y que hoy no ha asistido al puente por estar aliada con el Gobierno, es un ejemplo de ello.

Un cuadro sorprendente se suscita cuando uno compara la actitud corporal de quienes van a la cabeza de la marcha y aquellos que quedan en la retaguardia. Adelante, las filas se nutren de militantes de caras adustas que negocian cada metro, cada movimiento, cada gesto, tanto con las columnas de otras organizaciones dispuestas en los laterales como con el cordón policial apostado enfrente, a muy poca distancia. En ese espacio se observan físicamente los límites imaginarios entre una y otra organización, demarcados por el cerrado encuadramiento de los manifestantes. Los trayectos vacíos dejados entre unos grupos y otros, las remeras, pecheras y gorras distintivas, e incluso, el modo de disponer su líneas de seguridad y hasta de sostener los palos, contribuyen a señalar las diferencias. En cambio, en los tramos posteriores de la manifestación la gente tiende a mezclarse, a cruzar a un lado y a otro de esos límites imaginarios, para saludar o compartir algunas palabras con algún amigo, pariente o conocido, que ha venido desde el barrio con una organización diferente. Mientras que adelante se dispone el cuerpo para el avance, presto a exteriorizar confianza, combatividad, voluntad, convencimiento, sea en la forma del salto y el canto, o en el paso firme y redoblado; detrás se camina lenta y distraídamente, siguiendo el rodar moroso del cochecito del bebé o el golpeteo rítmico del bastón del abuelo al deslizarse sobre el hormigón.

Cada año en el momento de organizar las actividades de conmemoración de la masacre los activistas se veían tensionados entre el intento de delimitar un espacio de pertenencia común con otras organizaciones piqueteras y el deseo de demarcar las cualidades específicas de la organización a la cual

pertenecía Darío. Estas soluciones se veían reflejadas en la sucesión y naturaleza de las actividades entre los días 25 y 26 de junio, como en la característica de los públicos de cada uno de los actos. Si sus compañeros habían decidido adoptar a Darío Santillán como nombre de su agrupación y planeaban un acto bajo el formato de “festival”, convocando a artistas plásticos, actores, bandas de música, grupos de realizadores de cine documental, que realizaban a lo largo del día diferentes intervenciones urbanas, para concluir con un breve discurso de reclamo de justicia por parte de los familiares, al mismo tiempo debían consensuar la lista de oradores del “acto político” que se realizaría sobre el puente Pueyrredón el día 26 por la tarde, donde asistirían las demás líderes y bases del movimiento. En el espacio del festival como en el espacio del acto, ni los géneros discursivos, ni los enunciados, podían ser los mismos. Si en el espacio del festival afloraban diferentes lenguajes, privilegiando lo expresivo, en el espacio del acto lo que importaba era la unidad de lo dicho, privilegiando lo programático.

## 5. La metamorfosis de la manifestación

El desfile de los manifestantes en la calle, la cobertura de los medios masivos, las respuestas del Estado (no siempre conciliadoras, no siempre represivas), las intervenciones expresivas, las declaraciones, las imágenes y los relatos posteriores, no son momentos separados ni construidos de una sola vez, sino que son coproducidos de modo continuo, objeto de una lucha simbólica y material entre diversos actores que se produce antes, durante y después de ocurridos los hechos. Si como dice Berger, es cierto que la manifestación captura simbólicamente la ciudad, también es cierto que los manifestantes son capturados por los medios que reproducen diversas representaciones sobre ellos. Así como los manifestantes desfilan y toman la calle, también desfilan y son tomados por la pantalla, la letra de molde o el sitio web.

Hemos seguido un camino heterodoxo y discontinuo para abordar un aspecto de la complejidad de la manifestación como acción política contemporánea, que combina viejos instrumentos de la movilización urbana y el arte político con las nuevas tecnologías de medios de comunicación. Lejos de nuestro alcance está la posibilidad de situar ejes de reflexión definitivos sobre un acontecimiento que aún no ha desplegado la serie total de sus interpretaciones.

Tan sólo quisimos trazar algunas líneas de lectura que dotara al conjunto de prácticas, relatos e imágenes descriptas una unidad en el objeto sociológico “manifestación”. Como hemos señalado en páginas iniciales, adoptar este enfoque nos permitía ir más allá del formato “corte de ruta” con el que han sido asociados con mayor frecuencia las organizaciones piqueteras. Y reconocer en ello la construcción simbólica de la acción política de los sectores populares en el espacio público contemporáneo. Por cierto, ésta no se agota en las acciones colectivas en torno de “la masacre de Avellaneda”, pero esta última sí forma parte de la primera.

Estas acciones colectivas incluyen el corte de ruta dentro de su repertorio pero lo trascienden, en la medida que no se trata meramente de un recurso de presión sobre las asignaciones estatales, sino también un lugar donde se ponen en juego sentidos de lo político (dramatizaciones del poder) que traspasan el mero momento de la demanda o la reivindicación. Así, una manifestación puede variar al ser interpretada como una acción bélica, una demostración de fuerza, un festival o un acto político. En el caso analizado estos sentidos coexistieron sucesiva y simultáneamente.

Como sostiene Sigal (2006: 138), las demostraciones públicas exhiben cuerpos dotados de una materialidad visual y sonora que es convertida en signo por participantes y espectadores. Los cuerpos manifestantes son conmensurables. La cantidad de individuos que dicen moverse por idénticas razones es la medida de las demostraciones públicas, utilizada por diferentes actores para realizar múltiples operaciones simbólicas sobre las mismas. Las manifestaciones son opacas en sí mismas. El volumen de las demostraciones escapa a los participantes porque no existe ningún lugar desde donde pueda “verse” una acción colectiva en su totalidad y porque pese a los esfuerzos de sus dirigentes por explicar sus reclamos no logran jamás controlar acabadamente su significado (2006: 139). Una manifestación es un cuerpo significativo sometido a diferentes metamorfosis de sus significados.

Desde este punto de vista, “La Masacre del 26 de Junio” aconteció varias veces y tuvo lugar en varios espacios. Hemos visto cómo participaron otros actores para enmarcarla, antes y después de que ocurrieran los hechos, y cómo ese proceso estuvo ligado en un primer momento con el espacio de los medios de comunicación donde se produjeron representaciones sobre lo que ocurría en ese otro espacio, la calle. Lo ocurrido podía ser llamado “enfrentamiento”, “día de furia” o “masacre”, que uno de esos nombres predominara sobre el otro

fue resultado de las luchas en las cuales los avances informativos de la televisión, los sitios de Internet, el libro y la movilización callejera constituyeron los instrumentos de esa lucha. También podríamos presumir que esos enmarcados que iban y venían entre lo que ocurría en los medios y lo que ocurría en las calles tuvieron algún impacto en un tercer espacio, el sistema político. Que rápidamente quedara demostrado el accionar policial y que el pretendido “enfrentamiento” se trocara en “masacre” tuvo una fuerte influencia en las decisiones políticas adoptadas por el presidente interino en los días inmediatamente posteriores.

La experiencia límite de la muerte de Darío y Maximiliano, así como el difícil momento que pasaron los otros activistas, que podrían haber corrido igual suerte, también constituyó una oportunidad para narrar. Ese relato operó finalmente como un guión que condujo la protesta hacia un registro que trasciende el juego de presión y negociación con el que suele estar asociado el corte de ruta y con él las organizaciones piqueteras. Al narrar los activistas establecieron una secuencia que relacionaba a unos acontecimientos con otros otorgándoles inteligibilidad. La configuración narrativa de los acontecimientos después de ocurridos permitió construir y mantener relacionadas las identidades individuales y colectivas, no sólo dando sentido al presente ligándolo al pasado, sino además, descifrando una ética que estaría codificada entre los enunciados y las acciones del sujeto. Las “inversiones narrativas” de los militantes fueron constituyendo una representación arquetípica del activista piquetero. Ese guión, sin embargo, tuvo que coexistir con formatos más típicos de acción colectiva promovidos por las diferentes organizaciones del espacio piquetero, ya que no todos los actores del movimiento compartieron la evocación de los mártires, indisolublemente asociados con una de esas organizaciones sociales<sup>6</sup>.

## Fuentes

-CELS (2008) “Querella por la represión de manifestaciones de protesta (PUENTE PUEYRREDÓN)”, en *La lucha por el derecho*, Siglo XXI, Bs. As.

---

<sup>6</sup> Para un acercamiento al papel de la figura de Darío Santillán en la construcción identitaria interna del Frente Popular que lleva su nombre, procesos que algunos denominan “mística”, véase Gómez (2008).

- MTD Anibal Veron (2004) *Dario y Maxi, dignidad piquetera. El gobierno de Duhalde y la planificación de la masacre del 26 de Junio en Avellaneda*, Ed. 26 de Junio, Lanús.
- Notas de campo del 25 y 26 del 06/06 y 06/07 en Avellaneda durante los actos.
- Clarín, Página 12 y La Nación.
- Revista *Sudestada*.
- PACHECO MARIANO, “Apuntes de heroísmo y vida cotidiana”, 24/11/06, disponible en [www.prensadefrente.org](http://www.prensadefrente.org)
- Programa televisivo “Última Hora” y documental “La crisis causó dos nuevos muertos”.

## Bibliografía

- BERGER JOHN, “The nature of mass demonstrations”, *New Society*, 23 de mayo de 1968.
- D’AMICO VICTORIA y PINEDO JERÓNIMO (2009) “Debates y derivas en investigaciones sobre ‘los piqueteros’: una bitácora de lectura”, *Sociohistórica* N° 25.
- DELAMATA GABRIELA (2004) *Los barrios desbordados. Las organizaciones de desocupados del Gran Buenos Aires*, Eudeba, Bs. As.
- FERRAUDI CURTO CECILIA (2006) “Lucha y papeles en una organización piquetera del sur de Buenos Aires” en Míguez, Daniel y Pablo Semán (eds.) *Entre santos, cumbias y piquetes. Las culturas populares en la Argentina reciente*, Biblos, Bs. As.
- GÓMEZ JOAQUÍN SANTIAGO (2008) “Rituales de lucha en el movimiento piquetero. Un abordaje a la mística de la lucha callejera como dispositivo comunicacional, identitario y expresivo”, *IX Congreso Argentino de Antropología Social*.
- JELIN ELIZABETH (2003) *Más allá de la nación: las escalas múltiples de los movimientos sociales*, Libros del Zorzal, Bs. As.
- MANZANO VIRGINIA (2007) *De la Matanza Obrera a Capital Nacional del Piquete: Etnografía de procesos políticos y cotidianos en contextos de transformación social*. Tesis de Doctorado FFyL, UBA.
- MERKLEN DENIS (2005) *Pobres ciudadanos. Las clases populares en la era democrática (Argentina 1983-2003)*, Gorla, Bs. As.

- OFFERLÉ MICHEL (2005) “Bajar a la calle. De la jornada a la manifestación”, *Revista de Ciencia Política de la Universidad de Chile*, Volumen 44, otoño.
- PEREYRA SEBASTIÁN y SVAMPA MARISTELLA (2003) *Entre la ruta y el barrio. La experiencia de las organizaciones piqueteras*. 2ª ed. Act., Biblos, Bs. As.
- QUIROS JULIETA (2006) *Cruzando la Sarmiento. Una etnografía sobre piqueteros en la trama social del sur del Gran Buenos Aires*, Antropofagia, Bs. As.
- RETAMOZO, MARTÍN (2006) *El movimiento de trabajadores desocupados en Argentina. Subjetividad y acción en la disputa por el orden social*. Tesis de Doctorado, FLACSO, México.
- RICOEUR PAUL (2001) *Del texto a la acción*, FCE, México.
- SNOW DAVID AND ROBERT BENFORD (1992) “Master frames a cycles of protest”, en *Frontiers in Social Movement Theory*, Aldon Morris y Carol Mueller eds., Yale UP, New Haven.
- SIGAL SILVIA (2006) *La Plaza de Mayo. Una crónica*, Siglo XXI, Bs. As.
- SVAMPA MARISTELLA (2005) *La sociedad excluyente. La Argentina bajo el signo del neoliberalismo*, Taurus, Bs. As.